

¡Qué largo es el día para un hombre atormentado por una idea fija y siempre cara á cara con un remordimiento! Pero se acaba, sin embargo. El ayuda de cámara trajo la gran lámpara de despacho y la puso sobre la mesa del señor Lescuyer, en su casa de la Plaza Real.

« Encienda usted también los candelabros de la chimenea, » mandó el magistrado, que se paseaba con impaciencia por el despacho. En seguida añadió :

« La señora á cuya casa he enviado á usted esta tarde, se presentará, seguramente, dentro de un instante ; á eso de las nueve. Hágala usted entrar. »

En cuanto salió el criado, Lescuyer continuó paseando febrilmente por la grande y sombría habitación, ante las filas de libros que ya no

abría, ante la mesa atestada de manuscritos á los que ya no añadía ni una línea y ante el pesado tintero de bronce, rodeado de plumas secas. Hacía dos meses que Cristián había sido preso y desde entonces Lescuyer estaba incapaz de todo trabajo. No podía hacer más que pensar en aquel asesino encarcelado que pronto sería juzgado en definitiva.

¡ Salvarle ! Sí, era preciso salvarle... Sólo así el magistrado vería, si no perdonada, expiada en parte, al menos, la mala acción que cometió en su juventud y que había envenenado toda su vida. Quería salvar á aquel desgraciado, pero ¿ cómo ? ¡ Bah ! Todo se arreglaría. Pechaud le había prometido defender á Forgeat y el mismo Lescuyer ocuparía la tribuna del ministerio público. Si las cosas se inclinaban del lado de la indulgencia, el acusado pagaría con unos cuantos años de trabajos forzados.

Pero aquí Lescuyer, absorbido por sus pensamientos, se estremeció dolorosamente.

¡ El presidio ! ¡ Enviar su hijo á presidio ! ¡ Vaya un triunfo ! Y pensó de nuevo que él era la causa de todo, sí, él, el hombre rodeado de estimación y de respeto, y que si aquella miserable criatura se había hecho criminal, la culpa era de su desnaturalizado padre. ¡ Á presidio ! ¡ Muy bien !

Cuando su hijo estuviere en la Nueva Caledonia, le enviaría, sin duda, algún dinero para que se procurase pequeñas distracciones en la cantina y comprase tabaco. ¡ Qué irrisión ! Aun obteniendo su absolución y ocupándose ya paña siempre de aquel hijo con constante solicitud; aun conduciéndole y guiándole por el camino del bien, apenas repararía el mal causado. Y esa absolución, único medio de reparar su falta pasada, no podía esperarla, era casi imposible...

El ayuda de cámara se presentó en la puerta.

« La persona que el señor espera está ahí. »

Lescuyer hizo una seña y la visitante fué introducida.

Era una joven de veintidós ó veintitrés años, que hubiera sido bonita sin su aire de inquietud y de tristeza. Aunque el otoño estaba avanzado y hacía fresco por las noches, se presentaba á cuerpo y con ropa de verano, un traje azul con lunares blancos, seguramente porque no tenía otro, y un sombrero de paja amarilla un poco llamativo, levantado de un lado á lo mosquetero y adornado con un gran grupo de flores azules. El traje le estaba bien y el sombrero había debido ser bonito. En la última primavera todo aquello debía constituir un bello atavío de modista, pero á la sazón estaba ajado y amenazaba una

pronta transformación en harapos de pobreza.

La joven se adelantó tímidamente por aquella vasta habitación, mal alumbrada por la lámpara y los candelabros. Levantó con temor los ojos hacia aquel señor todo de negro que estaba de pie ante la chimenea y que echaba sobre ella una mirada profunda y dolorosa, con ojos que parecían haber llorado. Lescuyer le indicó un asiento, se sentó á su vez enfrente de ella y empezó á hablar con voz lenta y con algún embarazo.

« He rogado á usted que viniese á mi casa y le doy las gracias... señorita.... dijo, vacilando antes de pronunciar esa palabra, por haber respondido sin tardanza á mi llamamiento... Soy uno de los jueces de ese... — nueva vacilación — de Cristián Forgeat... Pero no tema usted... He querido verla y oír de su propia boca lo que usted ha ido á decir, sin que nadie le obligase, al juez de instrucción, porque he encontrado en esa declaración algo muy favorable para ese... para ese desgraciado. Tenga usted confianza en mí y no dude de mi indulgencia hacia usted y hacia la persona á quien ha tratado de ser útil... En este momento no soy un magistrado, sino un hombre que, por razones que me reservo, quisiera salvar á Cristián Forgeat no sólo de la muerte, sino también de una pena menos severa. No tenga

usted cortedad, hábleme libremente y cuénteme con todos sus detalles lo que sucedió entre los dos la última noche en que él estuvo libre. Puesto que usted también tiene lástima de ese hombre, puede contribuir de este modo á su salvación. »

Al oír á Lescuyer la joven bajó los ojos, enrojeció de vergüenza y retorció ligeramente las manos desnudas y cruzadas sobre las rodillas. Toda su persona expresaba confusión. El magistrado la miró atentamente y su fisonomía, de ordinario tan severa, se dilató y sus sombríos ojos se enternecieron. La joven permanecía callada y Lescuyer insistió :

« Valor, hija mía. Conozco su vida de usted y sé que es digna de lástima... si es que ha dicho usted la verdad al señor Courbemer... »

Aquella frase de duda decidió á la joven á decirlo todo. Hizo un débil ademán de protesta con la mano y dijo con voz dulce, pero contenida, temblorosa y que hacía adivinar la sequedad de la boca :

« ¡ Oh ! Juro á usted, señor, que he dicho la verdad á aquel caballero del palacio de Justicia, y no tengo inconveniente en repetirla... Aunque es humillante para mí... Pero ¡ bah ! yo soy muy poca cosa... Pues bien, señor, esta es la historia. Me llamo Luisa Rameau, soy bordadora en se-

das, oficio que no sería malo si la moda no fuese tan cambiadiza... Me veo precisada á decir á usted que desde los diez y ocho años he vivido con un estudiante de medicina, que era externo del hospital Lariboisière cuando se hizo doctor... y tengo con él una niña que va á cumplir tres años y que la nodriza me devolvió en la primavera pasada porque no podía pagar las mensualidades. Alberto fué el que, en tiempos, me hizo separarme de mi familia ; pero nos queríamos mucho y vivíamos como marido y mujer, muy contentos y muy juiciosos... En esta situación sucedió que mi pobre Alberto, cuando tomó el grado de doctor no le quedaba ni un céntimo de su pequeño patrimonio y sí algunas deudas que, aunque no grandes, eran bastantes para inquietarle mucho... Le propusieron ir á establecerse en Picardía, en una comarca donde decían que no había más que un médico muy viejo y á punto de retirarse. Aceptó, pero esas noticias no eran ciertas. Otro médico se había instalado allí antes que él y había acaparado toda la clientela... Alberto venía á verme de vez en cuando y yo observaba que estaba en muy mala posición. Me daba para pagar la nodriza y era cuanto podía hacer puesto que ganaba apenas para sostenerse. Pero yo trabajaba y aún podíamos esperar tiem-

pos mejores. ¡ Alberto era tan bueno, tan honrado!... « Pobre Luisa mía, me decía con frecuencia; en cuanto el porvenir sea menos negro y pueda yo reunir unos cuantos cientos de francos, nos casaremos. » Por último le ofrecieron, desgraciadamente, una plaza bien pagada en un vapor que hacía la travesía de la América del Sur. Vió en esto un medio de hacer economías, de pagar sus deudas... Todo era pasar dos ó tres años de sacrificio... Se embarcó y en el primer viaje murió de la fiebre amarilla en Río de Janeiro... Quedé, pues, sola con mi pena, y la nodriza me ha enviado la niña en mayo, precisamente en el momento en que falta el trabajo... ¡ Oh! He pasado un verano espantoso, viendo morir por falta de alimento á mi pobre hija. Algunas compañeras, algunas vecinas me decían: « Yo en su lugar, no estaría apurada, siendo bonita como usted lo es. » Pero yo no podía decirme... ¡ Oh! Bien sé que una mujer, en París, sin otros recursos que su trabajo, no puede acabar de otro modo... Pero á pesar de todo eso me daba horror y prefería padecer y privarme de todo, para ser fiel á la memoria de Alberto... »

Al llegar aquí se detuvo ahogada por un sollozo. El hombre que la escuchaba, enfrente de ella, con el codo apoyado en el brazo del

sillón, se tapaba los ojos con la mano como si le incomodara la luz del candelabro, pero en realidad, para ocultar su emoción. Aquel conmovedor relato recordaba á Lescuyer otra pobre joven como ésta, sola en el mundo con un niño á quien alimentar. Pensaba en Perrinette.

« Pido á usted perdón, caballero, continuó Luisa Rameau haciendo un gran esfuerzo, si le cuento toda mi historia, que no tiene relación alguna con el hecho que le interesa... Pero, la verdad, por lo que me falta contar no quisiera que me tuviese usted por más despreciable de lo que soy... »

Ocultando aún los ojos con una mano, Lescuyer hizo con la otra un ademán para animar á la joven y le dijo con voz velada:

« Adelante, hija mía. Veo que es usted sincera y la escucho, créame, con gran simpatía. »

— El tiempo iba pasando, prosiguió la pobre Luisa; yo encontraba algún trabajo aquí y allá, á fuerza de gestiones, y ganaba el pan — ¡ oh! nada más — para mi hija y para mí. Á fin de Agosto el trabajo se anima un poco y mi antigua principal me dió una pieza de seda para bordar en mi casa... una hermosa tela que valía, lo menos, sesenta francos... Una noche... Había ya acabado, casi, el trabajo é iba á entregarle por la

mañana en el taller para cobrar quince francos... Una noche estaba trabajando muy tranquila, cuando la niña, que dormía en su cuna cerca de mí, se despertó sobresaltada y dando gritos. Me levanté de repente, tropecé en la mesa, cayó la lámpara y todo el petróleo se derramó encima de la seda... ¡Qué golpe! Ya era yo la que debía sesenta francos á mi principal y no tenía más que uno en el bolsillo... Entonces, sin dejar de acunar á la niña para volverla á dormir, me sentí poseída por una especie de furor... ¡Ah! ¿Sí? ¡Pues bien, mejor! ¡Me echaré á la mala vida como las demás! ¡Yo tendré monedas de veinte francos, y enseguida! Y en cuanto mi Clemencia estuvo dormida, me vestí y salí á la calle... Mi traje, éste que usted ve, no estaba entonces muy ajado y mi sombrero podía pasar... Tenía guantes... En fin, no estaba « tronada » como ahora. Cerca de mi casa, delante de la estación del Este, había yo visto muchas veces, en la terraza de un gran café, mujeres sentadas, con trajes muy vistosos y grandes plumas... Me fué allí y pedí un vaso de cerveza... Al principio me sentí avergonzada... Aquellas mujeres, á mi alrededor, hablaban á voces y decían palabrotas... Ya empezaba á tener gana de escaparme, cuando un joven que estaba sentado en la mesa inmediata,

sin que yo, en mi aturdimiento, hubiese reparado en él, me dijo aproximando su silla : « ¿ Quiere usted que charlemos un poco?... » Intimidada, no respondí y él entonces continuó : « No estoy muy bien « trajeado » que digamos, pero hay aquí « guita » para que pasemos una buena noche. » Vi entonces que estaba pobremente vestido. Pero el joven añadió : « ¿ Quiere usted la prueba? » y sacó del bolsillo un puñado de monedas de oro... Perdóneme usted, caballero ; es muy feo todo esto que le cuento... Pero estaba desesperada y el accidente de la tela me había puesto en el último extremo... Le dije que no tenía inconveniente en ir con él á su casa y él me respondió, después de un momento de vacilación : « Imposible. Vivo con mis padres ; vamos á su casa de usted. » En mi casa estaba mi hija, pero la miseria me había enloquecido. Había ido allí para venderme, pues bien, ¡ me vendería ! Me ofreció el brazo y observé que cojeaba... Vivo á dos pasos de allí, en la calle de los *Vinaigriers*... Fuimos sin hablarnos y solamente una vez me dijo : « No es usted muy habladora. » De vez en cuando me miraba y me daba miedo, con aquellos ojazos negros y aquellas cejas tan espesas... Subí delante y cuando entró detrás de mí, me puse un dedo en la boca y le dije como por instinto :

« ¡Silencio! » enseñándole la cuna. La miró, hizo un gesto y murmuró: « ¡Bah! los chiquillos tienen pesado el sueño » y dejó el sombrero encima de la mesa... Pero en ese momento... ¡Oh! señor, qué vergüenza!... Vi que aquel hombre y yo... allí... al lado de mi niña... Aquello era imposible, completamente imposible... Mi corazón dió un vuelco... Rompí á llorar y supliqué al joven que me dejase, que se fuese; le pedí perdón por haberle dicho que sí y le rogué volviese al café, donde encontraría otras mujeres más lindas que yo... Entonces él me preguntó, sin enfadarse, por qué cambiaba de opinión tan repentinamente y por qué lloraba... Me hablaba con dulzura, á pesar de su aspecto sombrío; tuve confianza en él y se lo conté todo... Le enseñé la tela manchada de petróleo... Le referí mis desgracias y le juré que era la primera vez que me ponía á aquel despreciable oficio, á causa de mi pobre hija... Me escuchó silenciosamente, con la cabeza baja y sin dejar de mirar la cuna, y en cuanto acabé, metió la mano en el bolsillo, la sacó llena de oro, como había hecho en el café, dejó el dinero en la mesa y dijo á media voz: « Yo también, cuando era pequeño, tenía una madre que me quería... » Me quedé atónita, como usted puede figurarse, sin dar crédito á mis ojos y sin

pensar, siquiera, en darle las gracias, pero cuando le vi echar mano al sombrero en ademán de marcharse, fué tanto mi reconocimiento que le cogí una mano para besársela... Mas él la retiró bruscamente, la escondió entre el forro de la americana y exclamó: « ¡Mi mano! ¡Besar mi mano! ¡Oh! si usted supiera... » En seguida se detuvo de repente, como espantado por lo que había dicho, me dirigió una última mirada ¡sombria! ¡espantosa! y se lanzó hacia la puerta... Aquel momento me ha dejado tal recuerdo, que ahora mismo veo todavía estremecerse la puerta, violentamente cerrada por el hombre, y oigo sus pasos desiguales en la escalera. »

Mientras Luisa Rameau refería estas dolorosas escenas, Lescuyer estaba casi desvanecido en el sillón, con los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos. Sus remordimientos y su vergüenza eran enormes.

Es decir que Cristián Forgeat, aquel vagabundo, había hecho por una mujer encontrada al acaso en un sitio sospechoso y por una criatura desconocida, lo que él, joven rico, dichoso, educado según las leyes del honor, negó en otro tiempo á la que había embellecido dos años de su vida, á la que llevaba en sus entrañas el fruto de sus amores... ¡Aquel ladrón y asesino, que era

su hijo, había sido más humano y mejor que él!

« Al otro día, prosiguió Luisa Rameau, fui á pagar á mi principal el retazo de tela perdido y compré para mi hija y para mí algunas cosillas que necesitábamos. Me quedaron cerca de doscientos francos, que representaban muchas semanas de vida sin miseria y no cesaba de bendecir al generoso desconocido... Pero al día siguiente los vecinos me contaron el crimen de la calle *Cadet* — bien recordará usted que no se hablaba más que de esto — y me enseñaron el *Petit Journal*... Allí daban las señas del criminal... la cojera, las espesas cejas negras... y en seguida recordé su ademán cuando me retiró la mano y tuve la seguridad de que era el asesino el que había estado en mi casa... ¡ Un hombre miserablemente vestido y que daba el oro á puñados!... ¡ Sí, generoso como un ladrón!... No cabía duda y esto me dió al principio un miedo horrible, como usted comprenderá. Me daba horror sobre todo el dinero que procedía de él y me parecía que por haberle tocado tendría siempre sangre en las manos. Sin andarme en más reflexiones corrí á la iglesia más próxima, á San Lorenzo, y eché todas las monedas de oro en el cepillo de los pobres. Sólo con pensar en el tal Forgeat, y no pensaba más que en él, me temblaba todo el

cuerpo. Por la noche tenía pesadillas en las que se animaban y vivían las estampas que representaban el crimen y que estaban entonces en los kioscos de todos los vendedores de periódicos... Sin embargo, al cabo de algunos días me calmé un poco y el recuerdo de aquel hombre no me causaba ya tanto espanto... Me acordaba sobre todo de que había tenido confianza en mí, de que se había compadecido de mi situación. Pensaba que era injusta y que muchos no hubieran sido capaces de hacer lo que él... ¡ Cuántos hombres conquistados por una mujer pública, porque yo había obrado como una mujer pública, al verla echarse á llorar de pronto y suplicarles que se fueran, hubieran creído que se trataba de un capricho estúpido ó de un acceso de locura y se hubieran marchado encogiéndose de hombros! Él, por el contrario, me había escuchado sin mal humor, había comprendido que le decía la verdad y me había socorrido generosamente... Comprendí entonces que á pesar de todos los crímenes que hubiese cometido, yo debía estarle agradecida y mientras todo el mundo hablaba de él como de un monstruo y le execraba y le maldecía, yo me di á pensar en él con indulgencia y con dulzura... Y luego, al leer todo lo que decía el periódico del proceso de Cristián Forgeat, al

pensar que toda la Justicia y toda la policía se encarnizaban con él para escudriñar su pasado, en el que no encontrarían más que datos desfavorables, comprendí que yo, que le había inspirado una buena acción, tenía el deber de hacerla conocer á fin de que sus jueces fuesen con él un poco menos severos. Tenía para esto que confesar un hecho muy vergonzoso de mi vida, pero no había otro medio de probarle que no era una ingrata. Por eso, señor, he contado al juez de instrucción mi encuentro con Cristián Forgeat; por eso cuando usted me ha llamado en su nombre he acudido y le he referido toda mi historia; por eso estoy resuelta á repetirla ante el tribunal... No soy más que una pobre mujer, pero el corazón me dice que tengo razón al obrar así... No quiero pensar en que ese hombre es culpable, sino en que es desgraciado... Creo justo que el día en que todos repetirán que ha sido criminal, haya al menos alguien que se levante para afirmar que ha habido un momento en que ha sido bueno. »

Luisa se calló; lo había dicho todo. Pero la pobre mujer vió asombrada que, de pronto, el viejo se levantó y fué hacia ella con los brazos abiertos, y la cara inundada y abotargada por las lágrimas. La cogió las manos, la atrajo hacia

su pecho y la besó tiernamente en la frente.

« ¡Hija mía! ¡Mi pobre hija! exclamó sollozando; sepa usted ante todo que yo me encargo de usted y de su hija y que ya no conocerán la miseria... Hay en este momento un hombre á quien el instinto de bondad que en usted resplandece dicta su deber y da el ejemplo; un hombre cuyo orgullo está vencido; que, como usted, no quiere obedecer más que á los impulsos de su corazón y que para salvar la cabeza de ese desgraciado, confesará él también su falta y exhibirá toda su vergüenza.